

RESUMEN DE LA SITUACION GEOPOLITICA MUNDIAL EN LOS ULTIMOS VEINTICINCO AÑOS

A nadie se le oculta lo difícil que resulta enjuiciar una situación geopolítica porque, en primer lugar, ¿qué es la geopolítica? Después del desprestigio que esta palabra sufrió al terminar la segunda guerra mundial, hay especialistas en la materia que le niegan el carácter de ciencia. Se la reprocha haber estado al servicio de móviles interesados e imperialistas que le restan el carácter objetivo que ha de tener toda ciencia, pero no cabe duda que los mismos autores de los países que la han atacado han puesto también al servicio de su política las previsiones, reales o supuestas, de la misma. Si supuestas, acompañadas de un amplio aparato de acción psicológica, a escala internacional, servido por libros y revistas. ¿Es la geopolítica simplemente geografía política, como muchos que siguen a Ratzel dicen? ¿Es fundamentalmente ciencia política, como el discípulo de éste, Kjellen, pensaba? De las dos cosas participa y en todas las definiciones puede encontrarse algo en común: el dinamismo de la geopolítica frente a un cierto estatismo de la geografía política. Es decir, que ésta describe los estados existentes en el momento y sus características, de un modo estático, mientras que la geopolítica estudia el desarrollo de los mismos en el pasado y predice el que tendrán en el porvenir, mostrando la influencia que tienen los factores geográficos en dicho desarrollo. En un sentido determinista, la política de un Estado estaría prefigurada por sus características geográficas (situación, configuración física, humana, etc.) y también por la de sus vecinos, con lo que el Estado queda insertado entre otros Estados como una persona entre los vecinos del barrio en que vive. Spykman¹ lo ha dicho con una frase corta y expresiva: «La política cabalga a lomos de la geografía», y esto lo basa diciendo en que «la geografía es el factor más importante de

¹ SPYKMAN, N.: *America's Strategy in world politics*. N. York. Harcourt Brace, 1942.

la política exterior, porque es el más permanente. Antes que él, Napoleón ya había dicho: «La política de un Estado reposa en su geografía.»

Es decir, que el escenario del drama geopolítico es la totalidad del mundo y los actores los Estados, si no como seres orgánicos, al modo de Kjellen², sí como conjuntos organizados y coherentes, respondiendo a un objetivo común de sus habitantes. La definición de José Antonio como unidades de destino en lo universal puede expresar este concepto, que nos servirá para examinar la evolución de la situación geopolítica mundial en estos últimos veinticinco años.

Nos encontramos al principio de este lapso de tiempo en plena Segunda Guerra Mundial y poco antes se ha cerrado el capítulo de un hecho trascendental en muchos aspectos para el futuro de Europa y del mundo: nuestra Guerra de Liberación. En ella se ha dado la batalla que va a influir decisivamente en los acontecimientos posteriores, pues la situación geopolítica de la Península Ibérica, y dentro de ella de España, como pieza principal, es una de las cruciales en el mundo.

Nuestra guerra también inició y prefiguró muchas de las nuevas concepciones—estáticas desde el final de la Primera Guerra Mundial—en el campo táctico militar, en el estratégico y en el de los futuros repartos geopolíticos. El mismo Haushofer, refiriéndonos a este aspecto, no había hecho más que introducir las ideas de Mackinder en la concepción ratzeliana, poniéndolas al servicio del nacional-socialismo, cuando ya Mackinder había dado o estaba a punto de dar un giro en redondo.

La Península Ibérica, campo de guerra caliente para nosotros, lo fue de guerra fría para todas las grandes potencias europeas de entonces—todavía Norteamérica sentía una fuerte nostalgia del aislacionismo—. La U. R. S. S., que vivía de las ideas de Lenin, no pensaba en la potencia invulnerable de la *Tierra Corazón*³ de un modo estático, sino en el envolvimiento de Europa por el Sur, idea que aún no ha abandonado y que está muy de actualidad por el incremento de la flota soviética en el Mediterráneo. Para la realización de esta idea nuestra patria brindaba una base de operaciones cuyo valor no sólo subsiste en nuestros días, sino que ha aumentado tras la amenaza de que un forcejeo afortunado en Oriente Medio haga caer en la zona de influencia soviética a la totalidad del Norte de Africa.

² KJELLEN, R.: *Der Staat als lebensform*. Leipzig. Hirzel, 1917.

³ MACKINDER, SIR H.: *Democratic ideals an reality*. N. York. Hot & Co., 1942.

La *Tierra Corazón* era—y digo era porque hoy día muchos geopolíticos, particularmente los de la escuela aérea, ponen en tela de juicio su invulnerabilidad—una gran plaza de armas, casi inexpugnable, pero esto pensando en que la atacada era ella y especialmente cuando el ataque procedía del Oeste europeo, como fueron los de Napoleón y Hitler. Hoy día, con los avances tecnológicos en el campo de la aeronáutica, astronáutica y proyectiles teledirigidos, así como el uso frecuente de las tácticas de envolvimiento aéreo, es una fortaleza a la que se puede atacar desde muchas direcciones, por aire, mar y tierra. Asimismo, con el adelanto en las técnicas de información, se puede, mediante una adecuada estrategia de «catálogo», alcanzar objetivos importantes, aunque estén en lo más recóndito de ese corazón. Esto, en lo que se refiere a defensiva. En lo que se refiere a sus posibilidades de ofensiva, las reflexiones anteriores también la condicionan. Ciertamente que a nosotros, como europeos, no nos consuela mucho su imposibilidad de apoderarse de Norteamérica, y la reacción consiguiente de esta potencia, si en el intento resultamos aplastados. Esta es la tesis del general De Gaulle, que ha llevado a Francia a crear su «force de frappe»; pero esta posibilidad se ve muy difícil. Aparte de que a la U. R. S. S. podía interesarle más atender al Este que al Oeste, lo cual no es nuevo en la Historia. En el siglo XIII, Europa estuvo expuesta a la terrible amenaza mongola, que inició Yenguis Jan, y si sus sucesores no se apoderaron de nuestro continente fue por la atracción que sobre los Janes ejercieron China e India. Más amenazada, si cabe, se vio por las invasiones de potencias periféricas, como fueron los árabes primero y luego los turcos. Si Bayaceto no hubiera sido atacado y derrotado por Tamerlán, es probable que hubiera avanzado tan profundamente en el corazón europeo que hubiera sido muy difícil después desalojar a los turcos, sobre todo si tenemos en cuenta el impulso que, a pesar de esta derrota, dieron a sus conquistas sus sucesores Selim y Solimán el Magnífico, que llegaron a Belgrado y a las puertas de Viena.

Es decir, que para redondear el apéndice de la Península Eurásica, que es Europa, le sería más fácil a la U. R. S. S. hacerlo rodeándola por el sur, antes de lanzarse a un ataque de frente siguiendo la gran llanura europea: Oriente Medio, Norte de África y Mediterráneo, Península Ibérica. Es lo que trató de hacer Alemania, en sentido inverso, en la segunda guerra mundial y no pudo, al no tener capacidad de resistir dos fuerzas presionando contra ella en sentido opuesto, sin tener tampoco el dominio del mar en el Mediterráneo. Pero aun habiendo conseguido romper la resistencia soviética,

¿qué hubiera pasado si no hubiera logrado el control del conjunto citado? Probablemente hubiera visto sus fuerzas comprometidas en una inmensa guerra de guerrillas en el continente, mientras las fuerzas aeronavales de las potencias marítimas la atacaban por todos los lados. A menos que el Japón hubiera conseguido dejar fuera de combate a los Estados Unidos.

Esto es lo que vio Spikman⁴, representante geopolítico de la que ya era potencia marítima por excelencia del globo. No sería el dueño del mundo el que dominara la *Tierra Corazón*, fuerte y maciza, pero como un oso encerrado, sino el que controlara la zona periférica—*rimland*—que se extiende del Océano atlántico al Pacífico, capaz de múltiples y ágiles golpes. El mismo Mackinder restó valor, en los últimos años de su vida, a la *Tierra Corazón* al oponerla a otras agrupaciones geoestratégicas importantes, entre ellas, como principal, el «Océano en medio de las tierras» (Atlántico Norte)⁵.

Estas dos teorías se tradujeron en inmediatas realidades políticas, como fueron la célebre doctrina de *contención*, que todavía pervive en la contención defensiva encabezada por Norteamérica, y en la Comunidad Atlántica, que constituyó el *Gran Proyecto* del fallecido presidente Kennedy.

Para Spykman era interés común de Estados Unidos, Gran Bretaña, U. R. S. S. y Japón controlar la *Tierra Orilla*, con objeto de impedir que potencias de la misma, como Alemania o china, alcanzaran ese objetivo, ya que, en oposición a Mackinder, no era el que dominara la *Tierra Corazón* el que dominaría al mundo, sino el que dominara la *Tierra Orilla*, porque entonces tendría en sus manos el control de dicha *Tierra Corazón*. En realidad, lo que Spykman realmente temía es que alguien que no fueran los Estados Unidos controlaran esa zona o partes importantes de la misma. Esto podía suceder por medio de una alianza Alemania-U. R. S. S. o China-Japón, por lo que su nación debía mantener ambas oposiciones por el medio que fuera. Uno, manteniendo latente el temor de los dos colosos continentales euroasiáticos a sus vecinos citados. Es decir, que frente a la enorme zona geográfica que Mackinder llamó *Isla Mundial*, dos veces y media mayor que la constituida por las dos Américas y con una población diez veces más grande, la potencia marítima representada por Norteamérica debería

⁴ SPYKMAN, libro citado.

⁵ MACKINDER, SIR H.: *The round world and the winning of the peace*. "Foreign Affairs", vol. XXI, núm. 4, jul. 1943.

aplicar la fórmula del «divide y vencerás», que Inglaterra, su antecesora en la primacía del poder naval, aplicó frente a la Europa continental durante siglos con tan buen resultado.

Mientras la guerra duró contra tan temibles aliados como eran Alemania y Japón, la U. R. S. S. y U. S. A. buscaron una en otra al aliado, no al amigo, porque ya sabían ambas no podrían serlo. U. S. A., con la seguridad que a su territorio metropolitano daban los mares, pero ya dividida en atención entre los dos grandes océanos que bañan sus tierras, veía bien que Alemania y la U. R. S. S. desgastaran sus fuerzas en las inmensas e inhóspitas estepas de la *Tierra Corazón*. Pensó que, vencida Alemania, a la U. R. S. S. le iba a ser difícil reponerse de sus enormes destrozos.

Tras la rendición alemana se vio que Stalin había sido más astuto y hábil negociador que los que ya, desde ese momento, pasaban a ser sus rivales por el dominio del mundo, quedándose con toda la zona de Europa Oriental, a la que Mackinder había dado tanta importancia, considerándola como la puerta de entrada a la tan temida *Tierra Corazón*.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que se viera el error que se había cometido al menospreciar el aviso de Franco, en su famosa carta a Churchill, y se erigiera a toda prisa una doctrina geoestratégica: la de la *contención*, formulada por el diplomático George F. Kennan⁶, y que aprovechaba las ideas de su compatriota Spykman. El encargado de ponerla en vigor fue Truman, auxiliado por su secretario de Estado, Foster Dulles, que armaron un extenso y complejo sistema de alianzas y bases que prácticamente todavía subsiste, aunque con muchos parches. Con él pretendían mantener a los soviéticos en una especie de prisión y lo mismo han querido hacer con los chinos cuando éstos se han liberado de la dirección de sus colegas—más o menos revisionistas—en ideología. No se puede decir que han tenido un fracaso absoluto, pero tampoco éxito. No pudieron o no quisieron impedir que China cayera en el campo comunista—digo quisieron porque a lo mejor previeron que Mao sería un rival para los rusos mucho más tenaz y peligroso que Chang—y no consiguieron hacer de la N. A. T. O., C. E. N. T. O. y S. E. A. T. O. baluartes sólidos y unidos. Esto no tiene nada de extraño, pues sus componentes eran muy diversos y con personalidad muy acusada para agradarles ser simples satélites. De todos ellos el más fácil de romper para la U. R. S. S. fue el C. E. N. T. O., débil sucedáneo de un

⁶ GEORGE F. KENNAN: *The sources of Soviet conduct*. "Foreign Affairs", vol. 25. 1946-47.

pacto que se deseaba agrupara a todos los países de Oriente Medio. El C. E. N. T. O., conglomerado arabe-islámico, se rompió por su único eslabón árabe, Irak, y además se introdujo en el conjunto un peligroso enclave para la estabilidad del mismo y que iba a poner a todo el pueblo árabe en contra de los Estados Unidos: Israel. Sin Israel, y ayudando a estos países en su progreso económico-social, de un modo desinteresado, todo Oriente Medio hubiera estado a su lado, por la aversión que la doctrina comunista atea despertaba en pueblos de tan acendrada religiosidad. Ahora ya no es posible y por ahí se ha dado a la U. R. S. S. salida a su tradicional ansia de mares abiertos y templados.

Este correr de los hechos, con las particiones de Indochina y Corea, hicieron pensar a algunos geopolíticos, particularmente los de la llamada escuela aérea, como Slessor⁷ y De Seversky⁸, que mantener en su integridad el cinturón de la *Tierra Orilla* era imposible y en muchas de sus partes inútil, o por lo menos no digna del esfuerzo que exigiría. Es la época de la aviación con sus bombarderos de gran alcance portando la bomba atómica.

Como es lógico, las críticas de los representantes de la escuela citada se dirige a los conceptos de poder marítimo o terrestre en exclusiva. Ellos dicen que hablar de estos dos poderes engendra confusión y que el mismo Mackinder se vio obligado a modificar sus concepciones ante la aparición del poder aéreo. Slessor lo dice con estas palabras:

«No nos entretengamos con conversaciones geopolíticas sobre las *Tierras Corazón*. Eso estaba muy bien en los tiempos de Mackinder, pero cesó de ser importante desde el momento que entraron en servicio los bombarderos de gran alcance. La posición central de Rusia tiene alguna ventaja táctica con respecto a sus vecinos, pero en una guerra mundial, con predominio del factor aéreo, estaría en decisiva desventaja. Este poder ha convertido sus vastos espacios—que fueron su primordial defensa contra Napoleón, Hindenburg y Hitler—en una fuente de debilidad. En estos días de velocidades supersónicas, la profundidad de penetración necesaria para alcanzar algunos de sus centros vitales se logra fácil y rápidamente y es difícil de contrarrestar

⁷ JOHN SLESSOR: *Strategy for the West*. Praeger. N. York, 1954.

⁸ ALEXANDER DE SWERSKY: *A. V. Air Power. Key to survival*. Schuman and Shuster. N. York, 1950.

para la defensa, debido al tamaño de la zona a defender y por poderse atacar desde todas las direcciones de la brújula.»

De acuerdo con esta teoría parece natural que la potencia oponente de la que posee el dominio de la *Tierra Corazón* tenga en su poder algunas partes de la *Tierra Orilla* de Spykman. Sin embargo, Seversky no lo creyó así, por considerar los combates terrestres, salvo en determinados lugares, innecesarios y, en consecuencia, las bases de ultramar. El creía que alcanzar la superioridad en los tres medios es imposible y, por tanto, el esfuerzo ha de hacerse para conseguir la supremacía aérea. Los lugares de combate terrestre son, según él, los próximos al estrecho de Bering, separación de las dos grandes potencias con capacidad aérea y la única base de Ultramar aconsejable, la Gran Bretaña, por su situación estratégica entre los corazones industriales de los dos colosos.

No ha cuajado esta teoría aérea y no ha cuajado porque es muy extrema y porque favorece el aislacionismo, al que siempre miran con nostalgia los americanos.

La doctrina geopolítica de la *contención* fue acompañada, en términos estratégico-militares, por la *disuasión*. Esta basaba su eficacia en la potencia de las armas nucleares—la famosa lanza—, dispuestas a utilizarse en forma de represalia masiva en caso de ataque de las tremendas fuerzas convencionales soviéticas. Europa Occidental era la zona principal a defender y en caso de invasión de la misma sería cuando se empleara la lanza citada, proporcionando el tiempo necesario para ello la cobertura de las divisiones terrestres N. A. T. O.—el escudo—, siempre en número menor del calculado.

El advenimiento del presidente John F. Kennedy a la presidencia de los Estados Unidos fue un hecho importante en la marcha de esta pugna ruso-soviética y, por tanto, en los destinos del mundo. Se vio que ni el abandono de las bases de Ultramar era aconsejable ni tampoco lo era el empleo de la doctrina de la represalia masiva como única solución, puesto que la U. R. S. S. poseía también armas atómicas, sin haber disminuido sus poderosas convencionales. Su famosa táctica del salchichón, al amparo de éstas y de las tácticas de guerra subversiva y psicológica, hicieron ver a Kennedy la necesidad de incrementar su acción en este sentido. El fue quien dio un decidido impulso a la creación y actuación de sus famosas Fuerzas Especiales en cualquier parte del mundo donde fueran necesarias, a petición de sus gobiernos respectivos, claro. El tiempo nos ha hecho ver que se han seguido desarrollando guerras al estilo clásico, con grandes bombardeos aéreos, sin

recurrirse al arma nuclear. La guerra del Vietnam y las campañas árabe-israelíes son ejemplos de guerras de esta clase, en las que, de un modo más o menos directo, han participado alguno de los grandes en la pugna que se desarrolla a escala mundial. Para esta época a que nos referimos ya había otro que aspiraba a ser un «grande» con voz en los asuntos mundiales, aunque no la tuviera en la Asamblea de la O. N. U. Nos referimos a la República popular china, que si no es grande todavía por desarrollo industrial y nivel técnico, lo es por espacio de territorio homogéneo y por cantidad de población. Esta parte de la *Tierra Costera*, hurtada definitivamente a la influencia de las dos superpotencias, tiene fronteras geoestratégicas con ambas y zonas conflictivas de fricción en lugares estratégicos, continentales con una, como es la Mongolia, y marítimos con la otra, como son Corea, Formosa y Vietnam. Son los años de los dos «K».

Con este esquema «in menti», formula al principio de nuestra década su teoría el profesor de la Universidad de Boston Samuel B. Cohen⁹.

De lo dicho hasta este momento no sabemos si son los acontecimientos de la política mundial los que van delante de las teorías o son éstas las que modelan dichos acontecimientos. Yo creo que los equipos de especialistas universitarios y los que tienen a su cargo las decisiones políticas y militares se entremezclan de tal modo que la teoría se hace quehacer diario e historia, todo a un tiempo.

En todo este período, ante la imposibilidad de adquirir la supremacía por una aplastante superioridad militar, se perfila la idea del equilibrio. En unos se llama *coexistencia pacífica* y en otros *distensión* o *deshielo*. A su vez, los individualistas celosos de su personalidad histórica, particularmente la Francia de De Gaulle, que no han transigido con la idea de la dirección en exclusiva por parte de los Estados Unidos de la alianza occidental, tratan de aprovecharse de este empate de fuerza como China hizo. Surge entonces un doble juego: un tácito acuerdo para conservar esferas de influencia, al tiempo que se hace un amplio uso de la subversión y de la guerra psicológica que preparen los espíritus y ensanchen las fuerzas disidentes en el interior de los regímenes opuestos, cual moderno caballo de Troya. De un lado Hispanoamérica, con el logro de Cuba; del otro, Yugoslavia y, además, los fallidos intentos de Hungría, Checoslovaquia y Rumania.

Los puntos de vista del profesor Cohen nos llevan a la idea de que la

⁹ COHEN, SAUL B.: *Geography and Politics in a divided world*. Methuen. London, 1963.

tendencia probable del mundo es llegar al equilibrio geoestratégico citado entre dos o tres grandes regiones geográficas mundiales, según que China alcance o no su *status* de superpotencia a que aspira. El considera a las teorías de sus predecesores demasiado apegadas a juzgar que el control de una sola avenida de circulación es decisivo para el dominio del mundo por la gran potencia que controle esa vía. Esto no es posible hoy día. La potencia predominante en el dominio de los mares no puede impedir que las terrestres ataquen continuamente sus rutas marítimas por medio de aviones, *missiles* y submarinos nucleares. Asimismo, las terrestres no son impenetrables a los ataques por esos mismos medios, ni a los de las tropas de tierra desembarcadas o aerotransportadas. Por eso es engañoso que el mundo libre piense en la indivisibilidad de los mares y siga suponiendo vital de un modo absoluto la contención del poder continental soviético en su intento secular de tomar contacto con mares abiertos en todo el anillo de la *Tierra Orilla*. Si pone el pie—dice Cohen—en alguna parte de ella, no significa que el resto caerá como un castillo de naipes y tampoco necesita poner el pie en una zona costera abierta para amenazar las rutas marítimas de las potencias que controlan éstas. La idea de que las potencias basadas en el mar no pueden mantenerse a menos que tengan el dominio de todas las partes del litoral eurásico es un mito que surgió de los primeros escritos de Mackinder y de las respuestas de Spykman, pero el primero rectificó en 1943, al sugerir que el mundo marítimo era divisible en tres unidades.

Las grandes regiones en que divide el mundo Cohen, y a las que llama geoestratégicas, están definidas principalmente por la forma de comunicación preponderante entre sus subdivisiones geopolíticas. Son tres: una fundamentalmente marítima, constituida por las dos Américas, Europa Occidental, Africa e Islas de Asia y Oceanía; otra continental, formada por la U. R. S. S. y Europa Oriental; la tercera, que en su libro la considera unida a la anterior, pero no en sus artículos primeros, participa de las características continentales y marítimas de las otras dos y se reduce prácticamente a China, porque la India que adscribió a la misma la declara después región geopolítica independiente. Deja en este reparto dos enclaves especiales que llama *shatterbelt*, término que, atendiendo a su espíritu, se puede traducir como *zona dividida de fricción*, en los que dos, o las tres, potencias geoestratégicas citadas tienen posiciones, impidiendo que la región alcance unidad geopolítica independiente. Son el Sudeste Asiático y Oriente Medio.

En esta concepción no ha tocado a la *Tierra Corazón* de Mackinder,

pero sí ha plasmado la divisibilidad de las tierras periféricas a la misma de Spykman.

En el momento actual, ¿cómo está el mundo? Es muy difícil, como dije al principio, acertar a expresar una situación geopolítica. Los acontecimientos cambian muy rápidamente en la era moderna y ya hemos visto cómo cada geopolítico de una época ha criticado a los de la anterior, y aun a los de la misma, según la concepción estratégica que él tenga en su mente como mejor. Si analizamos la teoría de Mackinder a la luz de los acontecimientos sucedidos posteriormente, la U. R. S. S. ha colocado bajo su dominio a Europa Oriental, añadido al que ya tenía de la *Tierra Corazón*, pero no ha podido con China ni con el sur de Asia y tampoco ha desbordado a Europa Occidental, protegida por el paraguas nuclear de los Estados Unidos. Refiriéndonos a la teoría de Spykman, nadie ha dominado, como dice Cohen, a lo largo y ancho de toda la *Tierra Orilla*. La repartición más armónica en el momento actual es la del último geopolítico de los citados, siendo lo más valioso de su teoría, en mi concepto, el reconocimiento de unas zonas de fricción en los lugares donde los intereses de los grandes poderes geoestratégicos mundiales se tocan. Las dos zonas que señala tienen un gran interés para Europa, más inmediato Oriente Medio, porque, caído en la órbita del poder geopolítico soviético abriría a éste el paso, por el Mediterráneo y Norte de Africa, al sur de su territorio. También se lo abriría al sur de Asia, pero esto sería más preocupación de China y de los Estados Unidos.

Por lo que se refiere al S. E. asiático, el interés que tiene para Europa es que si, a consecuencia de la pugna chino-americana en esta región, estallara un conflicto entre ambas potencias, la U. R. S. S. sintiendo las manos libres, experimentara el deseo de lanzarse contra la parte de Europa que le queda por sojuzgar. Esto, y debido a que Europa Occidental, a pesar de ser un centro de poder industrial no lo es de poder político, a causa de su división, es lo que hace que se vea en la necesidad de atraer a Norteamérica a su lado formando un conjunto marítimo crecientemente, entrelazado por razones económicas. Con ello cada vez se da más viabilidad a la famosa Comunidad Atlántica, «encarpetada» desde hace algún tiempo por la oposición del general De Gaulle al *defi american*. Sin embargo, la energía y tenacidad soviéticas ante los «pinitos» liberalizadores de Checoslovaquia y el creciente número de buques de guerra de su flota en el Mediterráneo han traído la alarma al seno de la Alianza Atlántica y un reverdecimiento de la acción

psicológica americana sobre los restantes miembros de la organización y sobre otras naciones no miembros, de interés por su situación.

El general De Gaulle, en fecha reciente, ha dicho que la única política viable hoy es la que tenga en cuenta la evolución del mundo. De Perogrullo suele decirse ser las afirmaciones de este tipo, pero la verdad es que muchas veces no se siguen. Tenemos entonces que la realidad geopolítica del mundo de hoy presenta dos grandes potencias, únicas capaces, por su población, espacio, recursos y nivel de desarrollo industrial, capaces de hacer frente a los enormes gastos y sacrificios que exige alcanzar el *status* de gran potencia. Las dos luchan por la primacía en la tierra y en el espacio y por el momento tratan de aglutinar un conjunto de pueblos y nacionalidades muy diversas. La una, los Estados Unidos, con características preponderantemente marítimas, trata de insertar en su órbita cada vez más firmemente a otras nacionalidades importantes de este tipo. Geográficamente este conjunto recibe un nombre que simboliza un concepto ideológico y cultural: Occidente, y en términos de acción psicológica recibe otro que encarna una honda aspiración humana: Mundo Libre. La otra gran potencia, la U. R. S. S., encaminó sus esfuerzos primeros a poner bajo un orden político-ideológico, que ellos identifican con la expresión fiel del socialismo, a una agrupación de naciones de características principalmente continentales, pero con un segundo objetivo también importante de ocupar sus costas y convertirse en el poder superior del mundo. Ha tenido un tremendo fracaso, surgido precisamente por la evolución de aquél: el contenido ideológico se ha escindido, aunque tras eso se esconde otra verdad más profunda: los nacionalismos—el inconsciente colectivo—no han muerto. A esto se ha añadido otra cosa más: las leyes de la economía y de la productividad, que han hecho que su régimen socialista, insensiblemente, haya tomado prestados conceptos capitalistas. Todo esto ha dado lugar, primero a que China intente seguir una vía propia ideológica, segundo a que esta nación eleve reivindicaciones territoriales; y tercero que tenga armas dialécticas, por esos conceptos tomados del capitalismo, acusando a sus hermanos mayores en ideología de revisionistas y erigiéndose en los mantenedores de la pura doctrina.

Es decir, que tenemos un tercer gran poder geopolítico emergente en el mundo, constituido por una masa continental difícil de invadir, excepto por mar, y con salida a mares templados, aunque por ahora estén fuertemente cerrados por un cordón insular y peninsular. Hay que comprender la realidad de esta inmensa unidad racial, la mayor del mundo, con una civilización

antiquísima, con unas cualidades de adaptación a las circunstancias muy grandes y con un espíritu de sacrificio increíble, para evitar que en el futuro se convierta en un peligro terrible e inevitable. Hay que pensar que necesita una urgente modernización de su agricultura e industria sólo para satisfacer necesidades vitales. Si a esto añadimos un espíritu altanero y belicoso, reivindicador de regiones importantes que considera históricamente suyas, nos daremos cuenta de que el espíritu que enfrenta a las dos potencias es serio.

Vemos entonces que la tendencia expansionista de China se encuentra, por un lado, frente a la potencia continental por excecicia de la tierra y, por el otro, frente a la mayor potencia marítima. La primera, que ha puesto grandes espacios de Eurasia bajo su dominio, no ha perdido sus aspiraciones respecto a lo que queda de dicha gran zona terrestre y respecto a Africa, es decir, la Gran Isla Mundial de Mackinder. Norteamérica está claro que desea salvar la mayor cantidad de zona costera en Eurasia—de ahí sus esfuerzos en Grecia, Turquía, Oriente Medio y Sudeste Asiático—, así como de Africa, intentando que la totalidad de Sudamérica quede bajo su influencia. Especialmente las zonas de puertos y rutas estratégicas procurará queden libres de la influencia de sus rivales y a salvo de su acción perturbadora también.

Este poder emergente, que amenaza en convertirse en la tercera gran potencia geoestratégica mundial, ha obligado a los otros dos a tratar de fijarle y, de paso, a aprovecharlo en lo posible en su favor para que no se produzca un desequilibrio peligroso. Norteamérica lo contiene en el Sur, con la secreta esperanza de que el cansancio le lleve a un *statu-quo* en el Sudeste asiático y derive su fuerza expansiva hacia el Norte; y la U. R. S. S. no puede ver con muy malos ojos un conflicto permanente en dicha zona que la aligere de presiones más intensas por parte de ambos.

Quedan una serie de naciones ansiosas por determinarse a sí mismas, o por afirmarse, y que luchan por conseguirlo, en lo posible, aprovechando todas las ocasiones que la lucha entre los grandes las depare. Hay entre ellas algunas que por fatalidad geográfica tendrán muy escaso margen de independencia de acción. De éstas merecen especial mención las que pueblan el llamado Tercer Mundo, cuya mayor urgencia es desarrollarse y salir de su pobreza. Esta labor resulta cada vez más difícil para ellas, salvo que posean grandes recursos valiosos para el resto del mundo y su valor permanezca inalterable mucho tiempo. En este aspecto, la lucha tremenda, entablada a

escala mundial, no se desarrolla ya entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos, sino entre los llamados «países pobres» y «países ricos». A esos países pobres es a los que aspira encabezar China en su lucha con los ricos, metiendo en este saco a la U. R. S. S., a la que acusa de estar de acuerdo con los Estados Unidos para repartirse el reparto de las riquezas del mundo. Dividiendo la población mundial en tres facciones, cada una correspondiente, *grosso modo*, al mundo occidental, al comunista ruso-europeo y a las naciones afroasiáticas, al primero le corresponde nada menos que un 70 por 100 en el disfrute de dichas riquezas y al tercero un porcentaje inferior al 10 por 100. Claro que dentro del primer grupo hay grandes diferencias, pues sólo once naciones se llevan la mayor parte, ya que son las únicas que pueden considerarse normalmente desarrolladas. Por su parte, los países pobres, que suman unos mil quinientos millones de habitantes, en vez de mejorar su suerte la empeoran, ya que mientras los ricos aumentan sus exportaciones, los pobres las disminuyen y mientras los artículos que constituyen el volumen de las de los dos primeros suben de valor, las materias primas y bienes de consumo de los segundos zajan.

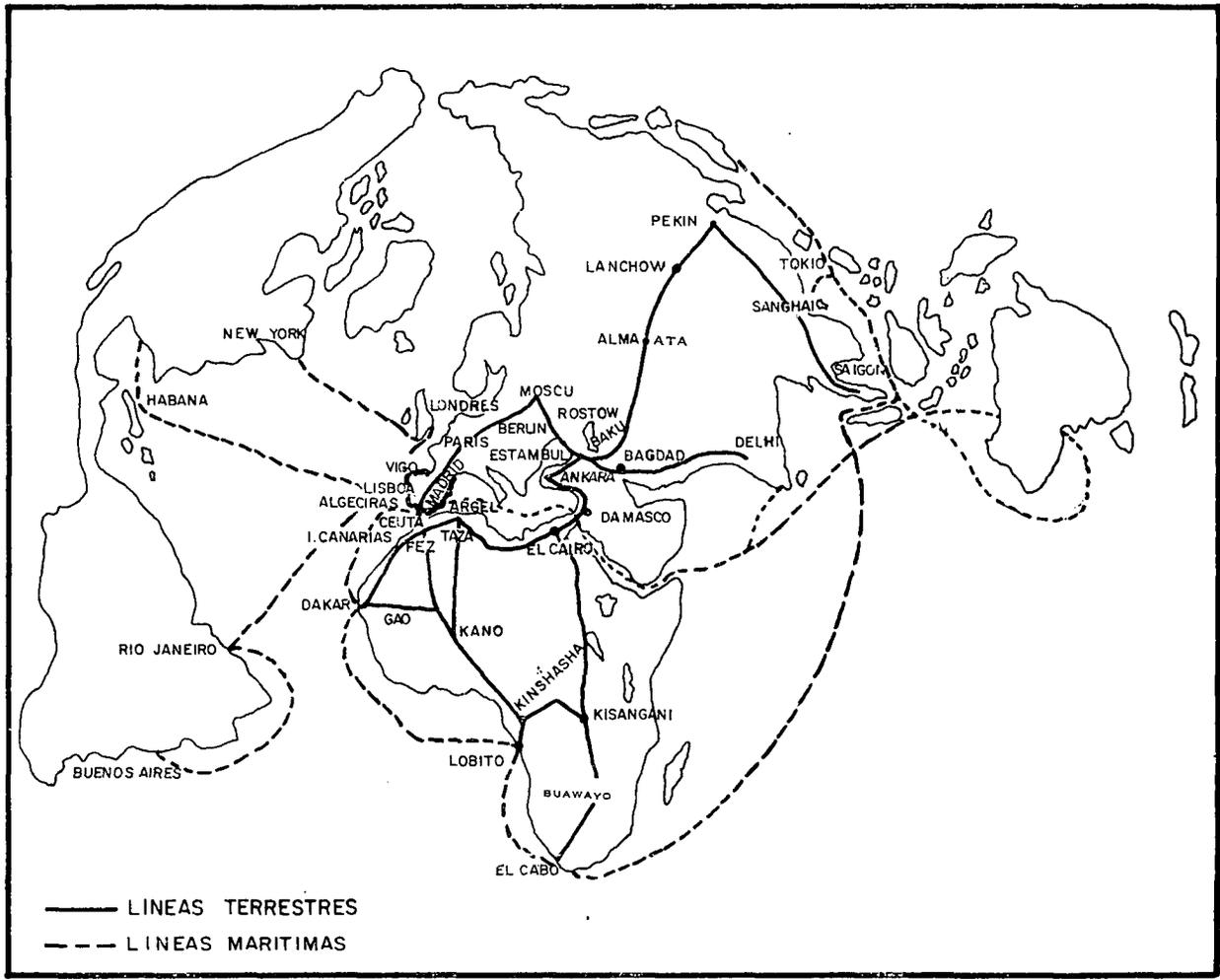
Resumiendo y reduciendo la repartición global de poder a conceptos simples, tenemos, en el momento actual, una gran potencia marítima, con características de isla, representada por Norteamérica, y una gran potencia terrestre continental, la U. R. S. S., separadas por regiones, verdaderas marcas fronterizas, cuyas partes más sensibles son Europa Centro-Oriental, Oriente Medio, Sudeste Asiático, Sinkiang, Mongolia y la zona del Polo Norte.

Los teatros aeronavales resaltan su importancia. El del Atlántico-Norte-Artico, que une las regiones más desarrolladas del globo y el del Pacífico-Indico, amenazado por el gran coloso chino, que emerge. A los dos tiene que atender, como es natural, la gran potencia marítima, en mayor medida que al teatro de operaciones eurásico-continental, al cual no es fácil se adentre, salvo caso de retroceso de las potencias que lo ocupan. El resto de las regiones mundiales están aún poco desarrolladas para tener peso en los asuntos mundiales o les falta alguna de las condiciones que se necesitan hoy día para ser una gran potencia. En el caso de Europa, perdido el rango de árbitro del mundo que tuvo a través de sus sucesivas potencias dominantes en el continente, por la rivalidad de éstas, que le llevaron al desgarramiento intestino en beneficio de la U. R. S. S. y los EE. UU., está destinada, junto a otras agrupaciones importantes como Iberoamérica, India y el mundo árabe, a ser campo de guerra fría, susceptible de transformarse en caliente

en cuanto surja un desequilibrio de importancia. Más fácil esta transformación cuanto más cercanas se encuentren las naciones a las marcas fronterizas a que hemos aludido. A pesar de su gran potencial actual, comparable, unido el de todas sus naciones, al de los Estados Unidos y superior al de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y China, su peso en la política internacional se ve disminuído, no yo en un estado supranacional, sino ni siquiera en una federación aceptable. Son muchas las diferencias existentes entre sus varias y múltiples nacionalidades, que si en tiempos pasados fueron aprovechadas por la Gran Bretaña, ahora lo son por la U. R. S. S. y los Estados Unidos. Todavía estas nacionalidades están celosas de su soberanía frente a un poder unificador superior que amenace ahogarlas, aunque esto les diera independencia frente a los grandes poderes que ahora se reparten el dominio del mundo. Sin probabilidades de resolver este problema de su unificación, la situación actual es dramática. Por una parte, es lo que le falta a la U. R. S. S. para que ésta redondee su dominio sobre el occidente de Eurasia, y por otra, para salvarse de este peligro, se ve expuesta a depender de Norteamérica, para siempre, en forma de un dominio económico y sirviendo de primera línea de combate, caso de conflicto armado entre ambas superpotencias. Una unión más estrecha y la práctica de un neutralismo político que la hagan ser solicitada por las dos partes podría ser una forma de independencia.

Respecto a España, su papel en el conjunto geopolítico mundial—no sólo en la región euroafricana—es de verdadera importancia. Lo mismo como avanzada atlántica, para los partidarios del atlantismo, que como apéndice de Eurasia y retaguardia de Europa ambicionada por los continentales, que como enlace, en una Europa unida y neutral, con África y Asia a través del mundo árabe. Es parte fundamental del conjunto estratégico formado por ella Portugal, y el Mogreb, que, lógicamente, deberían tender a una unión más estrecha. Ahora bien: para esta misión España ha de hacer una política eminentemente marítima, cosa que en el pasado nunca pudo hacer de un modo pleno, partida como estuvo su atención hacia el continente, por intereses dinásticos, y hacia ultramar.

La posesión de Gibraltar por Inglaterra ha sido un obstáculo para una labor de esta clase; pero ahora, más que nunca, es necesaria dicha labor para Europa y para todo lo que simboliza Occidente. Inglaterra debe comprender, por ello, que le interesa llegar a un total entendimiento con España en esta cuestión, entendimiento que, a su vez, hará que ambas se ligen



27

FERNANDO FRADE

con Europa occidental más de lo que están. Yo sólo aludo a las razones de orden geoestratégico que abonan para que se siga esta conducta. Las demás razones, justísimas y a tono con los tiempos que corremos de descolonización, ya han sido expuestas por los personajes de mayor relieve en los destinos patrios de todos los tiempos desde la caída de la roca bajo el poderío inglés en 1704.

FERNANDO FRADE.